

Libertad en la era de la IA

Freedom in the age of AI

Pbro. Dr. Alejandro Ramos
UFASTA

RESUMEN

En el presente artículo se analiza el impacto de los avances en inteligencia artificial (IA) sobre la libertad humana, particularmente con la llegada de la IA generativa. Se argumenta que, aunque esta tecnología ha generado mejoras indiscutibles en campos como la salud, la educación y el comercio, también plantea serios desafíos en relación con la privacidad, la autonomía y el consumismo. Se explora cómo los algoritmos y las plataformas tecnológicas están creando lo que se ha denominado una "jaula invisible", donde se monitorea y guía a los usuarios sin que estos perciban la pérdida gradual de su libertad. Se destaca que, si bien la IA facilita muchas tareas cotidianas, también puede fomentar una vida excesivamente dependiente de los algoritmos, los cuales responden a intereses de grandes corporaciones. Se propone una reflexión crítica sobre el equilibrio necesario entre los beneficios de la tecnología y la preservación de la libertad individual, resaltando la importancia de mantener la capacidad de autodeterminación y no ceder ante una vida completamente guiada por estas herramientas tecnológicas.

PALABRAS CLAVE: inteligencia artificial; libertad; tecnología; seres humanos.

ABSTRACT

This article analyzes the impact of advances in artificial intelligence (AI) on human freedom, particularly with the advent of generative AI. It is argued that, although this technology has generated indisputable improvements in fields such as health, education and commerce, it also poses serious challenges in relation to privacy, autonomy and consumerism. It explores how algorithms and technological platforms are creating what has been called an "invisible cage", where users are monitored and guided without them perceiving the gradual loss of their freedom. It is highlighted that, although AI facilitates many daily tasks, it can also promote a life excessively

dependent on algorithms, which respond to the interests of large corporations. A critical reflection is proposed on the necessary balance between the benefits of technology and the preservation of individual freedom, highlighting the importance of maintaining the capacity for self-determination and not giving in to a life completely guided by these technological tools.

KEYWORDS: artificial intelligence; freedom; technology; Humans.

La jaula invisible

Los cambios que estamos viviendo en el inicio de esta nueva era del mundo marcado por los desarrollos de la IA son tan grandes y tan veloces que no podemos aún procesar su impacto real y las consecuencias que tendrán a largo plazo en nuestra vida. Estamos maravillados y aturridos por las nuevas creaciones tecnológicas que nos sorprenden tan a menudo que no nos dejan tiempo para procesar su incorporación a nuestra existencia. Podemos tomar como ejemplo, el impacto que causó la aparición del Chat G-PT hace 2 años, nos sorprendió y descolocó a muchos. A los docentes, nos obligó a repensar la manera de enseñar y evaluar y a otros, como los programadores, los obliga a incorporar su tecnología para subsistir. Mientras aprendemos a usar la inteligencia artificial generativa de a poco, algunos ya saben que si no se capacitan en su uso perderán su trabajo en breve; y otros, como sus principales desarrolladores confiesen su preocupación, no saben qué usos buenos o malos puede tener en el futuro cercano y proponen una comisión internacional que regule el uso ético de la IA generativa.

Desde hace muy poco tiempo incorporamos algunas de las versiones de estos programas de IA generativa a nuestro trabajo. Los programadores que hasta hace un par de años eran los trabajadores “indispensables” de este mundo digital, ahora acortan tareas y tiempos usando las versiones pagas de estas IA para desarrollar códigos, mientras se preguntan, si serán reemplazados pronto. Otros, les pedimos sugerencias de bibliografía, resúmenes, opiniones, etc. a NotebookLM, por ejemplo. Y a medida que más la usamos nos damos cuenta del servicio real que prestan, al punto de ser una consulta obligada para nuestras tareas.

Pero, el impacto real que tiene en nuestra vida no se reduce exclusivamente al ámbito laboral. De hecho, la estamos usando cada vez con más frecuencia para las consultas de compras, opiniones médicas, recomendaciones, comparaciones, etc. de manera tal que parece que se está cumpliendo anticipadamente la profecía de Bill Gates. En enero del 2024 él decía: en menos de 5 años todos tendremos un asistente personal que nos guiará continuamente para decirnos qué hacer, aconsejarnos y enseñarnos.

¿Esta profecía, que muy posiblemente se cumpla antes del tiempo anunciado, es algo bueno para nosotros, nos ayudará a vivir mejor? Es muy factible que su uso nos simplifique la vida a la hora de tener que elegir productos, o encontrarlos a mejor precio, o comparar alternativas; o bien, que nos sugiera soluciones para problemas de

la vida cotidiana o de cuestiones de atención primaria de la salud. Sin embargo, tarde o temprano nos preguntaremos si una vida tan guionada por ese “tutor invisible” será mejor en términos humanos para nosotros. La respuesta, obviamente, deberá ser nuestra, si es que no renunciamos totalmente a pensar, elegir, o decidir por nosotros mismos. La relevancia de la pregunta depende de lo que nosotros consideremos como propiamente humano y de la estima que tengamos por nuestra libertad.

Eric Sadin analiza esta “nueva situación” en la que nos encontramos como seres libres en su última obra: *La vida espectral*. Estamos permanentemente guiados por seres que no son reales y que nos indican lo que tenemos que hacer, pensar, elegir, etc. Las aplicaciones de nuestro Smartphone nos están conduciendo con incesantes sonidos, notificaciones, vibraciones, para señalarnos “el camino mejor” (2024,14). Esos seres fantasmales parecen haber tomado las riendas de nuestras acciones para llevarnos a una vida más perfecta, con menos margen de error, situación que podría ser conveniente para los que prefieren la comodidad de tener todo resuelto, pero no para los que no queremos renunciar a la libertad de decidir sobre nuestra vida.

Esa es precisamente la cuestión que no podemos esquivar si queremos conservar nuestra libertad: ¿hacia dónde nos llevan esos consejeros espectrales? Bueno, no habría que ser un genio para darse cuenta que nos conducen hacia los intereses de las grandes compañías tecnológicas. Nos ofrecen un “servicio gratuito” que es para ellos el negocio más grande del mundo: hacernos consumir lo que nos quieren vender. Pero, no lo dicen, se presentan como individuos brillantes y seductores que nos traen cosas que van a mejorar nuestras vidas.

Hemos llegado, como nunca antes en la historia, a tener un sistema de IA que monitorea sin pausas nuestra vida, y esto se ha producido, dice Sadin, porque la interacción entre estos sistemas y nuestra mente consiste en una profunda circulación de flujos informáticos y psicológicos durante toda la jornada. Todo lo que nos pasa, desde los indicadores biológicos hasta los impactos emocionales y nuestras preocupaciones están procesados y almacenados por estos sistemas, de manera tal, que ya no hay sólo una vida humana, sino una síntesis vital asombrosa entre la máquina y su sistema y nosotros (2024,34).

¿Cuáles son las consecuencias de este sistema de vida que mezcla IA con inteligencia humana? Seguramente muchas, mejoras innegables en el ámbito de la salud; la agricultura; el transporte; las investigaciones científicas; la distribución de alimentos; etc. Pero, también, la generación de un estilo de vida totalmente controlado y gestionado por los sistemas informáticos que sirve, fundamentalmente, para el enriquecimiento sin límites de las grandes compañías tecnológicas. Se ha hecho realidad la predicción del filósofo francés Gilles Deleuze: vivimos en una “sociedad del control” institucionalizado (citado por Sadin E., 2024, 64).

El teléfono inteligente no es solamente una prolongación del cuerpo, eso sería cualquier otra herramienta tecnológica, con este aparato hay una relación mucho más profunda, hay una verdadera “circulación de flujos” entre el cuerpo y la máquina como nunca antes hubo. Es el punto nodal de circulación de datos, imágenes, comandos, etc

que es dónde se está produciendo la verdadera transformación profunda de la sociedad (Sadin E., 2024, 79).

En este contexto, conviene recordar que cuando hablamos del ser humano como un ser libre, nos estamos refiriendo a esta propiedad de su ser que lo distingue del resto de los seres y que Aristóteles define de esta manera: "Un ser es libre cuando es causa de sí mismo y no depende de otro" (*Metafísica*, I, 29, 982).

La IA ha vuelto a poner sobre la mesa de debate la cuestión de la libertad, pero esta vez en un contexto mucho más desafiante. ¿Qué elegimos la privacidad o la seguridad? Es una de las cuestiones que debería debatirse, pero no hay tiempo que perder. Estamos cada vez más vigilados por los que tienen el control de nuestros datos y por las cámaras que nos siguen a todas partes. ¿Viviremos mejor en la "jaula invisible"? La "jaula invisible" es el nombre del escalofriante proyecto de control total de la población con cámaras y datos biométricos que ya es una realidad en China. Los 1400 millones de habitantes de ese país están continuamente vigilados por las cámaras policiales instaladas en esquinas de las calles, entradas de centros comerciales, estaciones de trenes, etc junto con el rastreo de sus celulares, sus compras y chats. Se trata de una vigilancia asfixiante que viola la privacidad y que tiene el riesgo de sistematizar la discriminación y la persecución política y que nos obliga a preguntarnos si así queremos vivir (*New York Times*, 27 de junio de 2022).

¿Se puede renunciar a la libertad? ¿Es posible ser feliz sin ser libre? Obviamente que no, ninguna persona puede alcanzar su realización, es decir, la felicidad, si renuncia a esta condición propia del ser humano, la libertad de elegir los fines con los cuales quiere lograr esa vida plena (Spaemann R., 2014: 52).

La jaula de oro

Todos sabemos por experiencia personal que cuando tenemos que elegir un producto o un servicio la posibilidad de disponer de una mayor cantidad de opciones resulta claramente un beneficio. Más aún, si las opciones se multiplican de manera exponencial. Por eso, tenemos que reconocer que el comercio electrónico no sólo significa una oportunidad de crecimiento para una empresa, comerciante, o prestador individual, sino que los individuos también salimos ganando en la medida en que disponemos de la capacidad de comprar productos o contratar servicios de mejor calidad y a menor costo. Esto no sólo reduce costos, sino que permite el acceso a bienes o servicios que están muy distantes y que no podríamos acceder de otra manera. Puedo contar mi experiencia, porque gracias a Amazon pude comprar libros del filósofo alemán, Eric Voegelin, publicados en inglés en librerías de EEUU y hacer mi tesis doctoral y presentarla en una Universidad en Barcelona. Si no hubiese existido el comercio electrónico y la educación a distancia, no lo podría haber hecho.

Han pasado ya muchos años, pero desde entonces, cada vez que voy a comprar un libro busco en internet las distintas ofertas nacionales o extranjeras y elijo la más conveniente. Esto nos sucede a todos en la actualidad, cada vez que pensamos en comprar algo, enseguida nos fijamos en los precios y ofertas de Amazon, Mercado Libre o de cualquiera de los otros sitios de compras y así elegimos mejor.

Seguramente para muchos jóvenes que ya nacieron en este mundo digitalizado todo esto les resulte habitual y no perciban el impacto que esto significa en nuestras vidas, sin embargo, los que por edad conocimos y vivimos en una sociedad sin internet en la que había que salir a caminar para buscar precios y ofertas, somos conscientes de estar viviendo en la actualidad en una situación muy distinta y mejor, en este caso.

El primer efecto de este cambio de estilo de vida es, sin lugar a dudas, algo positivo: más opciones es más libertad, menos costo y mejores productos o servicios.

No obstante, hay también otros efectos que no pueden ser calificados de la misma manera. La facilidad para comparar, la multiplicación exponencial de ofertas y la simplicidad del proceso de compra y pago con los medios electrónicos, también puede incrementar desmesuradamente el consumismo.

Tal vez no podamos percibir este efecto real, porque forma parte ya del estilo de vida actual y tengamos incorporados los hábitos de compra o venta a nuestra vida cotidiana, pero, el consumismo es una de las notas que definen la sociedad en la vivimos.

Uno de los primeros pensadores en advertir este efecto nocivo fue el sociólogo Zygmunt Bauman que al analizar la sociedad actual a la que define como modernidad líquida en relación a la época anterior, la modernidad sólida, sostiene que el consumismo, ahora potenciado por la tecnología, tiene un efecto real en nuestra salud mental y física, produciendo una fragmentación del yo. La ansiedad que nos hace vivir permanentemente cansados y angustiados es consecuencia, entre otras cosas, de la costumbre de estar buscando en nuestro celular qué adquirir. Comprar nos hace experimentar múltiples experiencias tan satisfactorias como fugaces, la novedad y la felicidad que sentimos porque compramos un par de zapatillas, por ejemplo, nos dura poco, porque pronto aparece otra “necesidad” que nos lleva a visitar ese inmenso paseo de compras que tenemos en la mano, para luego pasar a otra “necesidad”. Vivimos sin tiempo para disfrutar lo que conseguimos, porque la oferta es tan grande y tentadora que nos vence fácilmente (Bauman Z., 2010: 59-99).

En este sentido, hay que reconocer que la multiplicación enorme de posibilidades de comparar cosas, produce un efecto psicológico real y un placer que aumenta el deseo y, a veces, una adicción compulsiva. Lamentablemente, esta es una de las notas distintivas del estilo de vida actual. Nunca antes en la historia el ser humano tuvo tantos productos o servicios al alcance de su mano, en sentido literal. Si a esto le agregamos que ya no somos sólo nosotros los que tomamos la iniciativa de buscar algo, sino que los algoritmos que nos conducen de manera invisible, detectan nuestros intereses y nos ofrecen todo tipo de bienes según nuestras búsquedas y perfiles personales, entonces sin darnos cuenta terminamos generando este hábito de sentir permanentemente “necesidad” de obtener algo que nos gusta.

El estilo de vida consumista es un verdadero obstáculo para lograr una felicidad genuina porque parte de un error y es identificar esa plenitud personal con un placer pasajero. La vida no es una secuencia de instantes intrascendentes, sino más bien un proceso continuo que integra el pasado y el futuro en un presente renovado permanentemente. De allí que no alcance con vivir momentos de placer para sentir

que la vida que llevamos es una vida lograda. De hecho, hay algunos que viven momentos de placer, pero que se sienten vacíos, porque no logran lo que realmente puede darle sentido y plenitud a su existencia. El aburrimiento y hastío existencial son notas que definen lamentablemente a aquellos que tienen mucho y no les alcanza con todos los placeres para tener una vida lograda (Spaemann R, 2014: 74 y 78).

Este consumismo se ve acrecentado notablemente por el hecho de que en la web no sólo encontramos productos y servicios, sino nuestra propia vida convertida en mercancía. Como afirma Justin Smith en la era digital hay un nuevo tipo de explotación del ser humano, la extracción de fragmentos de su vida y el mecanismo para captar su atención al punto de producir la mayoría de las enfermedades mentales actuales, como el estrés y la ansiedad. La atención se ha convertido así en el principal recurso de esta nueva economía que no repara en los daños reales que genera. El daño no tiene que ver sólo con la salud mental, sino, dice Smith, con la vida moral, con el ejercicio de la libertad que se ve condicionada por una mente saturada sin capacidad para pensar con lucidez y criterio y decidir por sí misma (Smith J., 2023: 29-79).

Vivimos así dentro de una jaula, aunque no seamos ciudadanos chinos dominados por esa espantosa “jaula invisible” de control de la población, los occidentales también vivimos dentro una jaula, de una “jaula de píxeles poblada de fantasmas”: “Esta caparazón o jaula de nuestro tiempo- que no deja de encerrarnos, de someternos a un orden ajeno a nosotros y que al hacerlo procede a una heteronomía que nos hace serviles-no tiene para nada la apariencia de una esfera opresiva, sino que se viste con ropajes seductores que otorgan con sabiduría- y cierto diabolismo- ergonomía, confort y el apaciguamiento de casi todas nuestras demandas, con lo cual se hace semejante a una caparazón o jaula de oro” (Sadin E., 2024: 122).

Por esto, no podemos decir que tener al alcance de la mano tantos bienes para compararlos y elegir nos haga ser más libres sin más. Los efectos son ambiguos, pueden ayudarnos, pero también pueden conducirnos a un estilo de vida donde el espacio para la libertad personal sea cada vez más estrecho. Hay que tener presente que: elegir algo es una expresión de la libertad psicológica que refleja que nuestra voluntad no está determinada desde afuera.

Cuando elegimos algo estamos ejerciendo nuestra libertad, porque no estamos obligados a decidirnos por algo en particular. Esta es una de las formas de ser libres que es ejercer la libertad psicológica, en virtud de la cual optamos por una opción entre muchas otras. Esta forma de libertad refleja lo propio de nuestra condición humana: la capacidad de autodeterminación de nuestra voluntad. Todos tenemos experiencia de esta libertad, sobre todo, cuando elegimos entre muchas posibilidades, como dijimos antes.

Todos somos conscientes de esta capacidad que tenemos, de decidir por nuestra cuenta, sin embargo, esta condición no fue interpretada o reconocida de la misma manera por todos, de hecho, hay visiones diferentes según las distintas corrientes filosóficas.

Para los deterministas, por ejemplo, no existe una capacidad real de autodeterminación, puesto que estamos condicionados por una serie de factores que

influyen en nuestras decisiones: la genética; la educación infantil; las frustraciones; la familia; el medio ambiente; la clase social; el sistema económico, etc. Se trata de una perspectiva materialista de la persona en la que prevalece su constitución biológica.

Ante esta postura, hay que decir que, todos tenemos la experiencia de que, hacer o no hacer algo, está en nuestras manos, es decir, si tenemos ganas o no, capacidad de decidir que naturalmente conservamos. Es cierto que todos tenemos factores que nos condicionan a la hora de decidir, pero que no suprimen totalmente nuestra libertad.

Para los seguidores del liberalismo, en cambio, la libertad consiste ante todo y sobre todo en elegir, sin importar si se elige bien o mal. Lo que cuenta es que el individuo elija según su voluntad, cada uno es libre de elegir según su voluntad lo que quiera, siempre que no perjudique a otros. De esta manera, todo puede ser elegido, particularmente el estilo de vida propio sin que nadie tenga derecho a decirle nada. Además, sostienen: hace falta libertad para elegir, para ser libre; a nadie se puede imponer la verdad o el bien; cada uno tiene que ser fiel a sí mismo.

A esta postura hay que responder que ser espontáneo no alcanza para ser feliz, porque puede uno equivocarse en la elección del medio o del fin, como el que elige algo que perjudique su salud mental o física. La elección depende del valor de lo elegido. La libertad no es sólo elección, para ser verdaderamente libre hay que elegir el bien y la verdad (Arregui J-Choza J., 1993: 384).

Para tener una perspectiva más realista de la libertad afirmamos que, entre los que niegan que podamos elegir libremente y los que sostienen que solo importa elegir, existe un medio razonable, en el que estamos aquellos que aún reconociendo los condicionantes, afirmamos que existe realmente la libertad. La verdadera libertad en este caso no es espontaneidad, sino una decisión acertada o desacertada, en la que intervienen los impulsos biológicos y factores educativos y sociales, pero también los valores con los cuales pensamos antes de decidir. Tenemos una inclinación natural al bien, porque siempre buscamos lo que nos ayuda a realizarnos, de manera tal que una elección buena es la que nos ayuda a ser mejores como personas, a nosotros individualmente, y a los otros, porque también por naturaleza somos seres que vivimos en sociedad, y nos realizamos en la medida que elegimos, con la virtud de la prudencia, hacer el bien para todos (Yepes Stork R., 1997: 164-173).

A partir de estas distinciones en la forma de concebir la libertad, podemos afirmar que tener la posibilidad de elegir entre muchas más opciones, como nos ofrece internet en la actualidad, no es suficiente para hacernos más libres. Puede ayudarnos a pensar mejor antes de decidir si tenemos buenos criterios, buenos valores, y, sobre todo, si somos prudentes y nos decidimos por el bien. Pero, no es causa por sí mismo de una elección mejor.

Por otra parte, tenemos que decir que tener un acceso fácil a una cantidad tan grande de bienes y servicios en la web puede ser causa, como de hecho sucede, de la adicción por consumir. Y, si bien es cierto, que en el momento de adquirir algo hacemos uso de nuestra libertad, también es cierto, que estamos cada vez más condicionados por los algoritmos que sin descanso nos sugieren qué comprar.

Consumir más no es ser más libre.

El aumento exponencial del consumismo en la era digital significa un desafío enorme para los seres humanos, para conservar o no esta capacidad de autodeterminación que nos distingue y enaltece como tales.

Por todo esto, cabe preguntarnos, si no somos libres sólo para elegir, ¿para qué somos libres? ¿Qué sentido tiene la libertad en nuestra vida?

Libertad para tener nuestro propio proyecto de vida

La vida consiste en elegir, podríamos decir, si recordamos que desde la mañana a la noche estamos tomando decisiones de manera permanente. Elegimos cosas o acciones y descartamos otras, de manera tal que es inevitable plantearnos la pregunta ¿para qué somos libres?

Para responder a esta pregunta que tiene que ver con nuestra esencia y nuestra realización personal como seres humanos tenemos que tener presente que, si bien nosotros tenemos experiencia de la libertad porque estamos escogiendo siempre, hay una forma de la libertad que es anterior y fundamento de ésta: la libertad interior.

El ser humano es libre desde lo más profundo de su ser, la libertad es un derecho y un ideal al que no se puede renunciar, porque es una nota distintiva de nuestro ser. La libertad interior es nuestro modo de ser, somos independientes y autónomos y desde nuestra alma controlamos nuestros deseos, pensamientos y planes.

Pueden quitarnos la libertad externa con la cárcel o con una “jaula invisible”, pero nadie puede impedir que conservemos siempre esa libertad interior de pensar y desear lo que cada uno quiere y decide. Sin embargo, no se puede pensar ni desear libremente si vivimos agobiados por el estrés al que nos somete esta sociedad digital, para elegir bien hace falta claridad y una mente en condiciones sanas.

Esta libertad constitutiva surge de la dignidad de la persona humana, como ser libre, dotado de razón y voluntad, y esto se convierte en la fuente de todos los derechos humanos y de toda consideración de un ordenamiento jurídico. De aquí surgen:

- a. la libertad de opinión y expresión, por la cual cada ser humano tiene derecho a buscar la verdad y a comunicar según su parecer.
- a. La libertad religiosa: todos tenemos derecho a tener una religión y a expresar públicamente nuestra fe.
- b. La libertad de conciencia: es el derecho a vivir según nuestros criterios y valores.

Naturalmente, no hay que entender esta libertad interior como una independencia absoluta del resto de las personas, porque de la misma manera que somos libres por naturaleza, también por naturaleza somos seres sociales y necesitamos de los demás para realizarnos. Por lo tanto, esta libertad interior no es encierro, sino apertura

también a los otros y conciencia de la responsabilidad que tenemos respecto de los demás seres con los cuales compartimos la vida (Spaemann R., 2014: 265).

Hay aquí un nuevo desafío para vivir la libertad como ejercicio de conducción de la propia vida y de una vida integrada a una familia, a un equipo de trabajo, y a una organización social, etc., porque otro de los impactos más importantes de la tecnología en nuestras vidas es la modificación de las relaciones de cercanía y lejanía en las relaciones interpersonales. Como sostiene el filósofo italiano Davide Sisto en su obra *Puercoespines digitales*, nuestra presencia en el mundo ya no es lo que era antes, ahora está mediatizada por pantallas, y eso nos permite contar con los que están lejos, pero, a la vez, tenerlos de una manera diferente, sin la realidad de la corporalidad que las relaciones humanas completas reclaman, lo cual influye directamente en la consideración del otro y en el respeto por sus derechos y libertades.

Ya no dependemos de estar en un lugar y eso nos acerca, pero también nos distancia del resto. El smartphone se ha convertido en algo más que un instrumento tecnológico, es la casa que llevamos a cuesta a todas partes, porque es el lugar desde el cual trabajamos, nos informamos, nos relacionamos, etc., todo lo hacemos desde sus distintas habitaciones (aplicaciones) y es el sitio en que realmente estamos todo el tiempo. Por otra parte, la identidad personal se convierte desde esa “casa” en algo fluido, en una multiplicidad de imágenes de uno mismo, biológica, social, laboral y cultural que cambia permanentemente. Finalmente, con lo que proyectamos en la web, y, particularmente, en las redes sociales, construimos una “carne digital” de nosotros mismos, es decir, una imagen que responde a lo que queremos mostrar, no siempre a lo que en realidad somos (Sisto D., 2023: 33-86). El ejercicio de la libertad, no puede quedar al margen de esta nueva forma de estar en el mundo, porque como dijimos, la libertad supone una apertura a los demás, que ahora están cerca, pero lejos.

Esta libertad constitutiva no sólo se manifiesta en nuestra interioridad, es también una fuerza que nos impulsa a la acción fuera de nosotros y por eso necesita expresarse en tareas externas. Somos libres para realizarnos por nosotros mismos, para que el camino hacia la felicidad sea una decisión que está siempre en nuestras manos y que necesariamente nos abre al amor y el compromiso con los demás (Yepes Stork R., 1997: 161).

Puesto que siendo libres expresamos lo que somos y queremos ser desde nuestra alma, lo hacemos desde lo que somos, es decir, que la libertad que tenemos está precedida y acompañada por una serie de condicionamientos. Nadie es libre en sentido absoluto, porque en las decisiones que son siempre nuestras, están presente: nuestra constitución biológica con la carga genética correspondiente; lo que aprendimos en nuestra familia; la educación que recibimos y las formas culturales y ambientales del lugar al que pertenecemos. Todos los factores que influyen directamente en el ejercicio de la libertad.

La libertad total es una fantasía, no existe la independencia absoluta. El ser humano no es sólo libertad, aunque sea una característica propia de su ser y su obrar.

Para comprender el sentido de la libertad hay que tener presente que ésta no se realiza solo en elecciones particulares, sino que mediante el conjunto de opciones por las que nos decidimos vamos construyendo el proyecto de nuestra vida. Escogemos con quién compartir nuestra vida; una tarea de la cual vivir; una vocación; un lugar donde vivir; etc. En todas esas decisiones nosotros definimos libremente el tipo de vida que queremos vivir y, por lo tanto, somos quienes construimos nuestra existencia. No da lo mismo cualquier carrera profesional, o cualquier grupo de amigos, o vivir en el propio país o en el extranjero. Por eso, la libertad tiene este profundo sentido antropológico de tener en nuestras manos (no en sentido absoluto, claro está) el proyecto de nuestras vidas. Somos seres libres para realizar un proyecto de vida propio que le dé sentido a nuestra existencia (Arregui J-Choza J., 1993: 390).

Por este motivo el ejercicio de la libertad presupone que uno está en condiciones de elegir lo mejor para uno, se trata de tener la lucidez de distinguir entre aquello que me sirve para realizarme como ser humano, de lo que lo impide, por un lado. Por otro lado, de tener la predisposición y el hábito de elegir bien, es decir, de tener las virtudes que de manera habitual y con cierta facilidad me llevan a escoger correctamente. Como por ejemplo, ser prudente, que nos ayuda a discernir el bien posible aquí y ahora, teniendo en cuenta el fin posible y los medios adecuados para llegar hasta él. De allí, que sea tan necesario para el ejercicio de la libertad la educación en valores verdaderos, aquellos que pueden iluminar el camino hacia la felicidad genuina.

Por otra parte, hay que decir que el ejercicio de la libertad no significa sólo un derecho personal, sino la obligación moral de respetar la libertad ajena. No sólo tengo que ser libre, sino dejar que los otros sean libres, respetar sus decisiones, su estilo de vida y sus valores. En otras palabras, asumir como valores el pluralismo, la tolerancia y la diversidad y aprender a convivir con aquellos que no piensan como nosotros. Sin estos valores resulta imposible vivir en paz, como lamentablemente nos demuestra la realidad que conocemos por las noticias. Estas virtudes adquieren una relevancia aún mayor en el contexto de la virtualidad, ya que uno de los problemas sociales más delicados que enfrentamos como sociedad es la promoción de los discursos de odio. Esto que para las compañías tecnológicas es un medio para conseguir que pasemos más tiempo en sus plataformas, es una verdadera amenaza de la paz social. Como sucede muchas veces en la actualidad con cuestiones políticas o ideológicas.

En este sentido, toda sociedad precisa no sólo de que sus miembros sean tolerantes, sino que exista una autoridad que vele por el recto uso de la libertad en orden al bien común. Si se considera a la libertad en sentido absoluto, como dijimos, como un fin en sí mismo, sin relación con el bien común, resultará muy difícil conseguir proyectos comunes, como sucede en algunas sociedades individualistas y liberales.

Una sociedad bien organizada no puede prescindir ni de la libertad ni de la autoridad. La autoridad bien entendida, es decir, la que no es despótica, sino que respeta la libertad de los individuos, la que no teme a sus pensamientos o decisiones y respeta la dignidad humana. La autoridad que no busca la imposición, sino que respeta la libertad individual, apela a la responsabilidad y fomenta el diálogo.

Somos seres libres por eso tenemos que elegir nuestra forma de realizarnos, elegir bien, con sabiduría, escogiendo lo que nos hace realmente bien. Tenemos que ser conscientes de que con nuestras decisiones estamos armando un proyecto de vida, por eso no podemos entregar nuestra libertad a los que quieren imponernos un estilo de vida que les resulta útil para enriquecerse sin límites.

En conclusión, la libertad como expresión de lo que somos tiene el sentido de permitirle a la persona construir su camino de realización mediante un proyecto de vida que lo lleve a la felicidad genuina. Y el ejercicio de esa libertad requiere de responsabilidad, consciente de que las decisiones tienen consecuencias, y de respeto por la autoridad que dirige las voluntades individuales al bien común.

¿La IA nos hará libres? Es una de las cuestiones más decisivas que afrontamos en este inicio vertiginoso de la era digital. Por estar en los comienzos de una nueva era, no podemos responder con certeza, no obstante ello, sí podemos evaluar los primeros efectos de los desarrollos tecnológicos actuales y sus impactos reales en el ejercicio de nuestra libertad.

Por eso, podemos afirmar que hoy más que nunca tenemos que tener en claro que no somos libres para elegir productos, nuestra vida no está en juego si nos decidimos por Samsung o Motorola. Somos libres para tomar las decisiones más importantes de nuestra vida, con aquellas que le damos un sentido y una finalidad a nuestra existencia, es decir, con las que construimos nuestro propio proyecto de vida. Y también para elegir en la vida cotidiana lo que realmente nos hace bien.

Para ser felices hay que ser libres y para ser libres hay que tener un pensamiento claro y crítico, esto es, no dejar que el estrés nos impida pensar bien y perdamos la capacidad de distinguir entre lo que es importante y lo que no lo es en nuestra vida, o que no nos deje valorar con criterio los bienes que buscamos.

Afortunadamente no vivimos en una “jaula invisible”, ojalá que nunca lleguemos a vivir en ese encierro asfixiante. Pero, si vivimos en una “jaula de oro”, monitoreados y conducidos por los algoritmos desarrollados para enriquecer sin límites a los que no quieren que seamos libres para pensar.

Aunque no podamos hacer pronósticos, ni utópicos, ni distópicos, porque no sabemos a qué futuro nos lleva la IA generativa, sabemos con certeza una cosa: hoy más que nunca la defensa de nuestra libertad es uno de los desafíos más exigentes y apasionantes que podamos enfrentar.

BIBLIOGRAFÍA

- Arregui, J. , Choza J. Filosofía del hombre, una antropología de la intimidad. Madrid: Rialp.
- Bauman, Zygmunt (2022) La modernidad líquida. Madrid: Fondo de Cultura Española.
- Davide, Sisto (2023) Puercoespines digitales. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Sadin, Eric (2024) La vida espectral. Pensar la era del metaverso y las inteligencias artificiales. Buenos Aires: Caja Negra.
- Smith, Justin (2023) Internet no es lo que pensamos. Una historia, una filosofía, una advertencia. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Spaemann, Robert (2014) Felicidad y benevolencia. Madrid: Rialp.
- Yepes Stork, Ricardo (1997) Fundamentos de antropología, un ideal de la excelencia humana, Navarra: Eunsas.